

Racismo: los coqueteos con la doncella

FEDERICO REYES HEROLES

Resumen

¿Hay racismo en México? Si bien constitucionalmente no se acepta la diferenciación entre razas, en la realidad la noción de raza ha estado presente en la oscuridad de la conciencia del país, y ha incidido en las peores experiencias autoritarias. El autor afirma que el racismo se ha disfrazado de "enfrentamiento cultural" o de "reivindicación territorial"; el mestizaje ha remarcado "el espíritu de una raza original" que se ha traducido tanto en un racismo discriminador como en una defensa a ultranza de los pueblos y comunidades indígenas. En ambos casos se excluye al *otro* y se construyen fronteras invisibles, pero permanentes, entre los seres humanos.

Abstract

Is there racism in Mexico? Constitutionally there are no racial distinctions, however the notion of race lurks in the shadows of the country's consciousness and shows its face in the vilest authoritarian expressions. The author contends that racism in Mexico is camouflaged as "cultural conflict" or "territorial repossession"; the crossing of the races has reinforced the "spirit of a primeval race", and this concept translates either into severe discrimination, or extreme advocacy of the native people and communities. In either case, the "other" is ostracized, and invisible but permanent barriers are raised between human beings.

Spongamos por un momento que hemos sido trasladados al territorio gobernado por El Dictador (así, en singular, con mayúscula), por la máxima instancia del poder personalizado. Estamos en el jardín de sus caprichos, donde sólo la firma Yo, El Supremo, da vida o la quita a una persona, a una familia, a un grupo numeroso. Caminamos por entre las imágenes recreadas por Augusto Roa Bastos para explicar esa referencia última de lo que el autoritarismo puede ser. El Supremo ha firmado un decreto, el cual, dentro de sus múltiples códigos gráficos, es público y obligatorio, de cumplimiento

forzoso para todos sin excepción. Decreto, ley, mandamiento que dice así: por mi voluntad, en mi reino, desde ahora y para siempre no existe ni existirá el racismo. Firma: Yo el Supremo. El secretario, ese personaje que no sabemos si apuntala y detiene al dictador o si es, por el contrario, el artífice de su derrumbe, ese extraño ser que, al fin y al cabo, funge como verdadero instrumentador, parafernalia, andamiaje de la voluntad y que es secretario o secretaria o quizá burocracia, o partido, o nomenclatura, ese personaje, repito, suponemos que en esta ocasión acata la voluntad y procede a dar seguimiento a la orden. ¿Qué vendrá ahora?

Primera posibilidad, incluso en ese territorio de la ficción digno de pertenecer al diccionario de los lugares imaginarios (donde se encuentra el legendario Yoknapatawpha de Faulkner). En ese lugar repleto de racismo, en ese territorio con diferencias étnicas, fisiológicas, culturales, toponímicas, por voluntad de El Supremo y por el carácter inexorable e inequívoco de sus mandatos, el racismo desaparece. ¿Será posible? La gnoseología nos juega una mala pasada. Algo nos dice que estamos en el umbral de la fantasía, que dejamos atrás la ficción con visos de mantener un anclaje en la realidad. Sigamos adelante.

Segunda posibilidad: el secretario da trámite al mandato y éste se acata pero no se cumple. Es decir, impera el engaño, la falsedad, la hipocresía, la evasión, la mentira, las risas y sonrisas frente al mandato. Las máscaras se multiplican. Entramos al carnaval bailando los ritmos de la falsedad. El racismo existe, por supuesto, faltaba más, sabemos de él, lo practicamos, pero de nuestra boca sólo sale la lisonja, la verdad oficial dictada por El Supremo. Intercambiamos una y otra vez caravanas y guiños. Al final caemos en la duda, pues todos seguimos los mismos compases. ¿Racismo, cuál? Aquí no existe.

Tercera posibilidad: la desobediencia abierta. En esta última hay una contradicción de términos. En los territorios del autoritarismo la desobediencia abierta es subversión y no es el caso. En el invernadero imaginario de la vida democrática la rúbrica de El Supremo no tiene nada que hacer, no tiene validez, no existe como fuente única y origen mismo del poder. Esta tercera opción es excluyente de la premisa de un gobierno autoritario. Allí donde se dé la rebelión abierta, no tiene ya sentido analizar los matices y entretelones del poder. Si la ficción sirve para analizar la engañosa realidad, ¿dónde

estamos de verdad con relación al racismo los mexicanos que despedimos al siglo xx? Hablar de Auschwitz siempre será doloroso, pero no deja de ser un acto de memoria histórica para los mexicanos. Hablar de nosotros mismos es diferente.

La primera posibilidad, la desaparición del racismo por decreto, pareciera que sólo funciona entre los linderos de la literatura, sólo cuando navegamos en las aguas de la ficción. La tercera opción se antoja como para pasear del brazo de Jean Jacques Rousseau en el ejercicio de la democracia directa del cual tenemos pocas noticias hasta hoy. Qué nos queda si no es la segunda vertiente, donde se acata pero no se cumple, allí donde reina la falsedad, el engaño, la hipocresía.

Pero, ¿cómo se mira nuestro México de final de siglo en este asunto? Por mandato constitucional —¿podía ser de otra forma?— las diferencias entre razas no se aceptan; es decir, la orden está dada, El Supremo ha hablado, pero la práctica es otra. Además, tenemos una historia oficial que es parte del andamiaje autoritario que, por fortuna, empieza a resquebrajarse para dar paso a una sociedad más abierta y democrática. En esa historia oficial el concepto mismo de raza ha ido de un lado para otro, resbalando en las peores contradicciones. Si bien es cierto que en la deontología oficial las razas no existen, en la historia oficial, esa que también está plasmada en libros de texto pero que sobre todo repetimos en las sobremesas inconscientemente, la noción de raza ha sido una doncella con la cual hemos coqueteado una y otra vez, en la oscuridad de nuestras conciencias, por supuesto incidiendo en las peores expresiones autoritarias. Los olmecas, mayas, mixtecos, aztecas, totonacas, entre otros, moradores originales de estas tierras son presentados como etnias, culturas, civilizaciones que apuntalaron la grandeza mexicana original. Obsérvese cómo entre originalidad y pureza hay un fino pero inquebrantable encadenamiento conceptual. Lo original es intocado, virgen, auténtico, verdadero, ¿puro? Pero eso sí, guardamos un aterrador silencio de las persecuciones interétnicas que en buena medida buscaban la conservación endogámica, conservación que es vecina de puerta del concepto de raza. Se trataba, entonces, de un racismo disfrazado de enfrentamiento cultural, de reivindicación territorial o simplemente de desplante guerrero.

Ante ese abigarrado escenario es mejor tender un velo que amal-

game todo. Allí está la brutal agresión exterior; la traumática conquista es corte de caja, cambio de página, borrón y cuenta nueva. La agresión externa arrincona, posterga, esconde los conflictos internos. La unidad, peligrosísimo concepto, supone subsumir las diferencias frente al agresor externo. La historia es, ahora, otra: conquistadores contra conquistados, vencedores contra vencidos, sojuzgadores y sojuzgados. Nada se dirá ya de las distintas influencias raciales previas a la Conquista y de la imposibilidad de explicar muchos de los rasgos de las más conocidas piezas del arte precolombino, si no es a partir precisamente de las presencias raciales múltiples.

La Conquista se convierte entonces en un primer mito fundacional, o antecedente del mito fundacional, de los mexicanos, expresión omnicompreensiva que a todos nos hermana, nos acoge, nos reúne en su regazo protector. La agresión externa, los tres siglos de coloniaje, devienen en la palabra mágica del alivio: mestizaje. México es mestizo, decimos y repetimos sin cesar, cruce de dos ríos de sangre: todos llevamos dentro sangre indígena y española. La expresión como discurso fundacional no podía ser mejor. La discusión sobre la raza queda soterrada de nuevo, pospuesta simplemente porque el discurso oficial mira por encima del conflicto cotidiano. Por decreto de El Supremo Revolucionario la raza no existe ni en el ser ni en el deber ser del mexicano, aunque, para ciertas cuestiones, los devaneos con la doncella de la originalidad y la pureza no nos parezcan del todo condenables, menos aún si traen votos. Así, aunque las diferencias raciales están ahí, a flor de piel, y las actitudes racistas también, por conveniencia nacional la nomenclatura mexicana pide que no se hable de ello, que no se estudie el fenómeno: hablar de racismo en México es provocar la discordia; pero, por el otro lado, no hablar de los problemas es ayudar a su solución, genialidad insuperable en la lógica autoritaria. El Supremo ha hablado: callar es la instrucción.

Pero claro, la doncella de la raza sigue con sus coqueteos y devaneos; por allí aparece, de vez en cuando, en la vida cotidiana. Todos somos mexicanos, por supuesto, faltaba más, pero hay unos mexicanos que son más mexicanos que otros. ¿Cómo si está el mandato constitucional de El Supremo Revolucionario? Pues sí, pero resulta, por ejemplo, que la endogamia étnica original se volvió derecho y casi obligación. Sin grandes espavientos, el *ius soli* ocultaba un *ius*

sanguini. Sólo los nacidos en el estado de Hidalgo, por ejemplo, pueden y podrán gobernar Hidalgo. Nadie que llegue y se arraigue y pague impuestos y críe y eduque a sus hijos dentro de los límites de ese estado, podrá algún día aspirar a ser presidente municipal de Huichapan. Momento, todos somos mexicanos pero algunos son originales y otros no. El derecho agrario está teñido de esa originalidad que remite, es cierto, al suelo, pero el suelo a la comunidad y por la comunidad a los orígenes étnicos y allí nos detenemos, porque el próximo eslabón sería que la etnia nos remite a la raza. Recordemos que el concepto de raza, si bien encuentra un primer asidero en la diferencia toponímica, es también, en cierto grado, una invención cultural. Paradójicamente esa invención, por vía de la endogamia, puede producir rasgos toponímicos que a su vez sean interpretados como raza. Así, los rasgos típicos de la etnia mayense son en parte el producto de una larguísima historia endogámica.

Pero, ¿y qué pasó con la palabra mágica del alivio nacional, con el mestizaje? ¿Qué ocurrió con ese otro bastión del mito fundacional de los mexicanos que nos remitiría al encuentro de dos mundos que en realidad fueron muchos mundos, porque con los españoles llegó el flujo sanguíneo árabe que permeó nuestro lenguaje y costumbres y también la sangre sefardí de la que no hablamos? ¿Qué pasó con esa colisión que en el discurso oficial se ve ahora como fortuna que nos dio vida? Resulta que ese mestizaje que se dio de manera millonaria está detenido. La estadística arroja, en una primera aproximación, dos Méxicos: el mestizo y el indio. En el primero la vida cambia y la tradición se construye todos los días. En el segundo se es para seguir siendo el mismo. Conservar intocado, intacto, como tentación y muestra de ese pasado mítico original, edén perdido, pero no del todo, paraíso incuestionado e incuestionable, reserva estratégica de pureza probada que le recuerda al México mestizo su carácter invasor, perturbador, ajeno al principio y al fin de la vida dentro de estas latitudes. Sin caer en juicios morales, ahí están las cifras: la peor marginación, los más graves indicadores socioeconómicos, de mortalidad infantil, desnutrición, deserción escolar, esperanza de vida, etcétera, se presentan en los estados con población indígena. La proyección centenaria de la endogamia comunitaria juega hoy una terrible pasada al país.

Los devaneos siempre evidentes, pero jamás aceptados, con la

noción de raza original, de pureza, embrión de las peores manifestaciones de sectarismo y segregación, siguen merodeando entre los mexicanos y no podemos negarlo. Ellas están en la leyenda misma de nuestra Universidad Nacional, en la cual el espíritu se somete a la raza: un *Geist*, que no es *Volkgeist*, es decir, el pueblo como imagen aglutinadora y bárbara que generó, sembró las semillas enfermas de las peores manifestaciones autoritarias que devinieron en crematorio. No, en México no ronda un *Volkgeist* sino un *Rassegeist*, "originalidad racial", que es la puerta de entrada a la confusión sectaria: ¿originalidad como asentamiento humano, originalidad como cultura, como etnia, como sangre? Originalidad que debemos tener en la mira para poder disparar ráfagas de tolerancia. El espíritu de raza lleva a un racismo silente pero peligrosísimo, con dos vertientes principales; por un lado, las atroces expresiones de las déspotas e ignorantes clases adineradas de ciertas zonas del país, sobre todo en el sur y sureste, que sin el menor empacho lanzan la expresión "indiada". Allí está una modalidad de racismo, del cual, por fortuna, empezamos a hablar con más frecuencia a partir del levantamiento de Chiapas. Pero hay otra vertiente, tan miope y peligrosa como esta primera con un agravante, y es que no recibe condena sino apapacho en el discurso oficial, pues condenarla sería ir en contra de "lo popular", sea ello lo que sea. De larguísimas raíces, arraigado en pueblos y comunidades en las cuales los mestizos somos mexicanos de segunda, hay una forma de racismo que pretende defenderse de pueblos y comunidades, pero que, desde un punto de vista doctrinal, no deja dudas sobre su esencia. Estas expresiones de intolerancia se encuentran en nociones como la de "fuereño"; buenos disfraces, siempre ha habido. Cuidado con las Águilas mexicanas danzando a un lado de la Catedral Metropolitana. Cuidado con legislaciones xenofóbicas, como la universitaria, que en la principal casa de la cultura del país prohibía a los extranjeros llegar a ser autoridades. Cuidado con las comunidades que se alzan en armas para expulsar a los que no son de allí o no comparten religión o visión del mundo. Intolerancia popular que igual puede presentarse en Chiapas que en Tepoztlán, a sesenta kilómetros de la ufana capital del mestizaje.

Si en decenas de siglos de historia escrita de la humanidad no hemos podido erradicar al racismo por su innoble y artera capacidad

para mutar de ropajes, de cartas de presentación, de rostros, de lenguaje, haciendo de sus apariciones siempre actos sorprendidos, por supuesto sin anuncio previo, donde menos lo sospechábamos, allí, junto a nosotros, entre nosotros, en nosotros, hoy y siempre debemos estar alertas para de inmediato proceder una y otra vez a desenmascararlo, a desnudarlo hasta que muestre su verdadera y monstruosa fisonomía, a llamarlo por su nombre, "racismo", escude a quien escude. Allí está de pronto, vestido igual de duque que de campesino, en un elegante finquero chiapaneco o en un pseudolíder que arenga montado en el indómito caballo de la popularidad e invoca a la diferencia, no como un camino para entenderse a sí mismo y a otros, sino, por el contrario, para descalificar, para edificar fronteras invisibles pero inamovibles entre seres humanos.

La sociedad abierta sólo puede ver en la raza, o mejor dicho en el racismo, un odioso invento cultural que, por fortuna, ha encontrado su antídoto también en un producto cultural: la tolerancia. Así como la idea de raza puede fluir por nuestras venas con el riesgo de envenenar nuestra visión del mundo, también la tolerancia puede ser inyectada en nuestro torrente en dosis que nunca podrán ser excesivas.